

EL NIÑO POBRE

Le han puesto al niño un vestido
absurdo, loco, ridículo;
le está largo y corto; gritos
de colores le han prendido
por todas partes. Y el niño
se mira, se toca, erguido.
Todo le hace reír al mico,
las manos en los bolsillos...
La hermana le dice –pico
de gorrión, tizos lindos
los ojos, manos y rizos
en el roto espejo–: «¡Hijo,
pareces un niño rico...!».

Vibra el sol. Ronca, dormido,
el pueblo en paz. Solo el niño
viene y va con su vestido...
viene y va con su vestido...
En la feria, están caídos
los gallardetes. Pititos
en zaguanes... Cuando el niño
entra en casa, en un suspiro
le chilla la madre: «¡Hijo
–y él la mira calladito,
meciendo, hambriento y sumiso,
los pies en la silla–, hijo,
pareces un niño rico...!».

Campanas. Las cinco. Lírico
sol. Colgaduras y cirios,
viento fragante del río.

La procesión. ¡Oh, qué idílico
rumor de platas y vidrios!
¡Relicarios con el brillo
de ocaso en su seno místico!
...El niño, entre el vocerío,
se toca, se mira... «¡Hijo,
le dice el padre bebido
–una lágrima en el limo
del ojuelo, flor de vicio–,
pareces un niño rico...!».

La tarde cae. Malvas de oro
endulzan la torre. Pitos
despiertos. Los farolillos,
aún los cohetes con sol vivo,
se mecen medio encendidos.
Por la plaza, de las manos,
bien lavados, trajes limpios,
con dinero y con juguetes,
vienen ya los niños ricos.
El niño se les arrima,
y, radiante y decidido,
les dice en la cara: «¡Ea,
yo parezco un niño rico!».

LA CARBONERILLA QUEMADA

En la siesta de julio, ascua violenta y ciega,
prendió el horno las ropas de la niña. La arena
quemaba cual con fiebre; dolían las cigarras;
el cielo era igual que de plata calcinada.

...Con la tarde, volvió –¡anda, potro!– la madre.
El pinar se reía. El cielo era de esmalte
violeta. La brisa renovaba la vida...

La niña, rosa y negra, moría en carne viva.
Todo le lastimaba. El roce de los besos,
el roce de los ojos, el aire alegre y bello:
–Mare, me jeché arena zobre la quemaúra.
Te yamé, te yamé dejde er camino... ¡Nunca
ejtubo ejto tan zolo! Laj yama me comían,
mare, y yo te yamaba, y tú nunca benía!

Por el camino –¡largo!–, sobre el potrillo rojo,
murió la niña. Abiertos, espantados, sus ojos
eran como raíces secas de las estrellas.
La brisa jugueteaba, ensombrecida y fresca.
Corría el agua por el lado del camino.
Ondulaba la yerba. Trotaban los pollinos,
oyendo ya los gritos de los niños del pueblo...

Dios estaba bañándose en su azul de luceros.



LA COJITA

La niña sonríe:  Espera,
voy a cojer la muleta!

Sol y rosas. La arboleda
movida y fresca, dardea
limpias luces verdes. Gresca
de pájaros, brisas nuevas.
La niña sonríe:  Espera,
voy a cojer la muleta!

Un cielo de ensueño y seda
hasta el corazón se entra.
Los niños, de blanco, juegan,
chillan, sudan, llegan:
...menaaaa!
La niña sonríe:  Espeera,
voy a cojer la muleta!

Saltan sus ojos. Le cuelga,
jirando, falsa, la pierna.
Le duele el hombro. Jadea
contra los chopos. Se sienta.
R e y llora y r e:  Espera,
voy a cojer la muleta!

 Mas los pájaros no esperan;
los niños no esperan! Yerra
la primavera. Es la fiesta
del que corre y del que vuela...
La niña sonríe:  Espera,
voy a cojer la muleta!